

se dirigen á mantener esta misma Religion pura é immaculada como la instituyó Jesucristo, y á confirmar la páz interior y el buen órden en mis pueblos sin confundir las gerarquías. Para lograr tan grande objeto necesito del auxilio de vuestra Santidad, de cuya mano deseo ver disipado el origen de la discordia." Nada menos deseaba Clemente XIV, de aquí es que le fueron sumamente gratas las palabras de Cárlos III.

7. Inflamado de celo por las ventajas espirituales del mundo católico, abrió para bien de todos el inmenso tesoro de la santa Iglesia publicando la bula de jubileo universal por su exaltacion; y mientras que se imprimía y distribuía dicha bula, extendió una encíclica á todos los obispos participándoles su asuncion al supremo sacerdocio. La abundancia de doctrina contenida en dicha circular no menos que el lenguaje afectuoso en que estaba escrita, la hizo sobremanera notable en aquellas circunstancias, y nos obliga á trascribir algunas de sus cláusulas en nuestra historia como preciosos monumentos de las primicias de su pontificado. „Cuando apenas podemos comprender, decia Clemente XIV, habérse nos conferido el oficio del apostolado, y considerando en su verdadero aspecto el enorme peso que ha recaido sobre nuestros débiles hombros, no podemos, venerables hermanos, dejar de sentirnos sumamente conmovidos. Llamados desde la vida mas segura y tranquila á gobernar la nave de San Pedro, nos hallamos repentinamente agitados por las espantosas olas de este mar borrascoso, y cuasi sumergidos por la violencia de la tempestad. Pero el Señor es quien ha obrado este

portento tan admirable á nuestros ojos. Y no puede en verdad atribuirse á ninguna razon de humano consejo, sino solamente á los juicios inescrutables de Dios, que se haya conferido tan sublime dignidad á Nos que estamos muy léjos de pensarlo. Este pensamiento nos hace concebír la firme esperanza de que el mismo que nos ha sublimado, auxiliará nuestra flaqueza y temor y oirá nuestras súplicas de enmedio de la tempestad; y nos confirma en dicha esperanza la memoria de Pedro temeroso en medio del mar y reprendido por su poca fé. El que nos ha cometido en el Príncipe de los apóstoles el cuidado de toda la Iglesia y las llaves del reino de los cielos, el que nos ordenó apacentar su grey y confirmar á nuestros hermanos, él mismo quiere remover de nuestro corazon toda duda, nos dá la certidumbre de alcanzar su auxilio, y nos manda gobernarnos mas por la esperanza de su gracia que por el temor de nuestra flaqueza. Por tanto doblamos la cabeza á la voluntad de aquel que es nuestro firme apoyo y nuestra fortaleza, y nos entregamos de todo punto á su poder y á sus promesas que jamás pueden faltar. Él llevará á cabo la obra que ha comenzado, y por nuestra misma bajeza aparecerá mas brillante á los ojos de todos la eficacia de su poder y su misericordia. Porque si ha determinado que por medio de Nos, que somos siervos inútiles, se obre en la presente condicion de los tiempos alguna cosa conducente á la salvacion de su Iglesia, todos conocerán que él es el único autor, y confesarán que á él solo se le debe atribuir el honor y la gloria. En consecuencia, nos aplicamos con ánimo esforzado á

sostener tan grave peso, y quanto mayor es nuestra confianza en su poderoso auxilio, tanto mayores son nuestros esfuerzos, persuadidos de que jamás será excesiva nuestra solicitud é industria comparada con la excelencia de este ministerio.”

Despues de este hermoso preámbulo, dirigiendo la palabra á los obispos de toda la cristiandad, les dice entre otras cosas: „Si en todos tiempos ha sido necesario que los que presiden en la Iglesia del Señor se gobiernen por el deseo de la salud de las almas, al presente es mucho mas preciso que estén inflamados con el celo mas ardiente. Porque ¿cuándo jamás se han visto nacer como ahora y difundirse tantas y tan dañosas opiniones dirigidas á hacer bambaleaar el ediücio de la Religion? ¿Cuándo jamás se ha visto á los hombres, trasportados del aliciente de la novedad y de una cierta comezon de saber, correr con mas ardor y en mayor número en pós de ella? Por tanto debemos, venerables hermanos, trabajar con mayor energía y hacer uso de todas las fuerzas de nuestra solicitud y autoridad, para quitar de enmedio tan excesiva temeridad é insania. No espereis poder conseguir esto con los frágiles y vanos medios del humano saber, sino con la sencillez de la doctrina y con la sola palabra de Dios cien veces mas penetrante que espada de dos filos. Podreis fácilmente reprimir los asaltos de los enemigos y desvanecer sus tiros, cuando en todos vuestros discursos lleveis por delante y no prediqueis mas que á Jesucristo crucificado. Él fabricó con sus manos y fortificó con sus leyes é institutos esta su santa ciudad: á ella consignó su fé

como un depósito que debia guardar con todo esmero; y quiso que ella fuese el baluarte fortisimo de su doctrina y verdad, contra el que jamás podrán prevalecer las puertas del infierno. Nosotros, pues, venerables hermanos, presidentes y vigias de la ciudad santa, defendamos con toda solicitud tan preciosa herencia de las leyes y de la fé que nos legó el mismo Señor nuestro divino Maestro, y que nos trasmitieron íntegra nuestros mayores, y procuremos que pase á nuestros descendientes con toda su perfeccion y pureza. Siguiendo esta norma en todas nuestras acciones y consejos, y adhiriendo de mas á mas á los vestigios de nuestros padres, lograremos evitar todo lo que puede alterar ó debilitar la fé del pueblo cristiano, ó disolver en lo mas mínimo la unidad de la Iglesia. Busquemos solamente en las fuentes de la divina sabiduría, esto es, en la escritura y en la tradicion, los principios de nuestro creer y de nuestro obrar: en estos dos instrumentos de verdad y de virtud perpétuamente valederos, se contiene quanto pertenece al culto de la religion, á la disciplina de las costumbres y al recto instituto de la vida: en ellos se nos enseñan nuestros deberes para con Dios, para con la Iglesia, la pátria, los ciudadanos y para con todo el género humano; y por ellos conocemos que ninguna otra ley puede fijar mejor los derechos de las naciones y de la sociedad. No, ninguno ha hecho jamás la guerra á las divinas sanciones de Jesucristo, que al mismo tiempo no haya perturbado la tranquilidad de los pueblos, atentado al trono de los Príncipes, é introducido en la sociedad la confusion y la anarquía. Grande es, á decir verdad, la

union que media entre los derechos de la potestad divina y de la humana; por donde los que han conocido que el imperio de los Reyes se apoya en la autoridad de la ley cristiana, obedecen voluntariamente al Príncipe, no temen el poder, respetan y veneran la dignidad.

„Considerando, pues, que esta parte de las divinas instituciones está íntimamente unida no menos con la salud de las almas que con la tranquilidad de los estados, os exhortamos eucarecidamente, venerables hermanos, que despues de dar á Dios y á su divino culto lo que es debido, empleeis toda vuestra solicitud en persuadir al pueblo el justo obsequio y la obediencia debida á los gobiernos establecidos. Los que imperan están constituidos sobre los demás para defender la salud pública y para contener á los hombres en los deberes de la justicia: son ministros de Dios para el bien, no llevan en vano la espada para castigo del que obra mal; son además hijos muy queridos de la Iglesia y sus protectores, á quienes pertenece amarla como madre y defender su causa y sus derechos. Procurad sériamente imprimir este divino precepto en todos aquellos á quienes instruis en la ley de Jesucristo: aprendan desde la cuna que deben guardar religiosamente la fé á los Soberanos, respetar la autoridad, obedecer á las leyes, no ya por temor á la pena, sino por deber de conciencia. Cuando por vuestro medio aprenderán los pueblos no solo á ser obedientes á las ordenanzas del Príncipe, sino tambien á respetarle y amarle, entonces habreis atendido cumplidamente á la tranquilidad de los ciudadanos y á la utilidad de la Iglesia, objetos que no

pueden separarse en manera alguna. Llenareis, pues, las partes de vuestro deber, si á la oracion cotidiana por el pueblo añadis súplicas especiales por los Reyes, á fin de que sanos y salvos gobiernen sus súbditos con equidad, páz y justicia, y haciendo reconocer á Dios en el gobierno de los hombres defendiendo y promoviendo su causa.”

Exhorta despues á los obispos al cumplimiento de todos los demás deberes de su ministerio, y concluye con estas bellísimas palabras: „¡Oh! quiera el Señor que por medio de este unánime consentimiento de voluntades veamos en el tiempo de nuestro apostolado reflorar la religion con toda la belleza de los primeros siglos de la Iglesia, y que podamos congratularnos con vosotros, venerables hermanos, y alegrarnos todos con la verdadera alegría de Dios en nuestro Señor Jesucristo. Juntamente con esta carta os remitimos la bula del jubileo universal acostumbrado, para que todos los fieles pidan mas dignamente al principio de nuestro pontificado los divinos auxilios para el próspero gobierno de la Iglesia. A vosotros principalmente os pedimos con el mayor encarecimiento, no solo que dirijais á los pueblos en las debidas súplicas con vuestras amonestaciones y consejos, sino que los inflameis con vuestro egemplo á adquirirse todos los medios de su propia salvacion, y á procurar todas las ventajas á la Iglesia universal.”

8. Entre todos los obispos que recibieron la enciclica de Clemente XIV, el patriarca de Lisboa, cardenal Saldaña, creyó de su deber comunicarla á sus diocesanos acompañándola con algunas observaciones particulares. Cuál fuese la causa inmediata que impulsó el celo

de este prelado á dar á conocer la voz del Padre común á todos y á cada uno de los fieles de su diócesi no nos pertenece averiguarlo, ni somos de los que se empeñan en augurar hasta los movimientos del corazón humano atribuyendo todas las acciones del hombre á un sistema combinado é invariable. Atendido el estado de Portugal particularmente en orden á las relaciones de aquella corte con la de Roma, nada tiene de extraordinario que el patriarca tratase de preparar los ánimos á una perfecta reconciliación, para lo cual era indudablemente medio muy poderoso el manifestar á los portugueses las intenciones del Santo Padre demarcadas en su encíclica. Como quiera que ello fuese, lo cierto es que desde entonces se propuso y promovió constantemente, y se logró por fin la perfecta reconciliación. „Cantemos, decía el celoso prelado portugués, cantemos, ó amados hijos en Jesucristo, con toda la alegría de nuestro corazón las misericordias del Señor que en el tiempo de las mayores adversidades ha asistido siempre á su Iglesia con las providencias mas eficaces. Cuando las fuerzas humanas parecían débiles é insuficientes á resistir á los ataques de la irreligion de los filósofos y novadores del siglo, ha hecho ver la divina Magestad que jamás prevalecerán contra la Iglesia los esfuerzos del enemigo común, y que su omnipotente palabra, pronunciada por medio de su vicario en la tierra, basta á destruirlos enteramente. Ha elevado al gobierno de la Iglesia á un Pontífice verdaderamente digno de tan sublime puesto, quien vibrando desde el Vaticano rayos de luz y de verdad contra los lobos rapaces que cubiertos con la piel

de oveja amagaban destruir el rebaño de Jesucristo, ha convertido en clarísima luz las tinieblas con que una filosofía infernal pretendía oscurecer el camino de la salud que abrió á todos nuestro Redentor. Ha sido exaltado al sòlio pontificio el Santo Padre Clemente XIV, y desde el principio de su feliz pontificado ha venido á justificar con la doctrina y con las obras la inspiración por la que fue promovido á la dignidad mas augusta y respetable. Las pompas del principado no le han podido hacer olvidar la humildad y la virtud de la vida solitaria; vive en el trono como vivia religioso en el cláustro, y con su vigilante solicitud contempla el estado y las necesidades de su grey proveyendo oportunamente á todo con la eficacia de la doctrina y con la santidad de los ejemplos. En la encíclica dirigida á todos los obispos de la cristiandad, de que remitimos á los párrocos copia impresa, resplandecen, como en compendio, las sublimes virtudes de que le dotó el Altísimo. Dignase en particular reconocernos á nosotros, como en verdad somos, por sus cohermanos y cooperadores en la viña del Señor, declarando las sublimes prerogativas del orden episcopal que nos competen por institución divina, y que ninguna disposición humana puede restringir ó limitar. Propone á todos los fieles el medio seguro para no caer en los errores que de mil maneras ofenden la pureza de la Religion y de las costumbres, intimando que la escritura y la tradición son los únicos cimientos seguros en que debe apoyarse el verdadero cristianismo, los únicos manantiales en que debemos beber las aguas de la salud sin contaminarnos con el

impuro ceno de la presuntuosa ciencia de aquellos hombres que pretenden establecer un sistema de religion independiente de aquellas dos fuentes. Para llenar, pues, las intenciones del Santo Padre, es propio de nuestro ministerio daros á conocer claramente quiénes son aquellos hombres engañadores y aquellos novadores astutos, cuyas doctrinas debéis huir como venenosas y apestadas." Con estas últimas palabras manifiesta el patriarca Saldaña cuál era su objeto en la publicacion de la encíclica pontificia; y á consecuencia de ellas se extiende en útiles instrucciones dirigidas á sus diocesanos para apartarles del contagio de la irreligion é impiedad, cuyas doctrinas habian penetrado, como insinuamos antes, en el reino de Portugal. Al terminar su instruccion insinúa el prelado que el Rey le habia ordenado dar la mayor publicidad á la encíclica pontificia, que el secretario del Papa habia remitido al primer ministro conde de Oeiras juntamente con una carta que manifestaba las intenciones pacíficas de su Santidad.

9. Tratábase en efecto de restablecer la perfecta armonía entre ambas córtes. Tres meses despues de su asuncion al pontificado, dió Clemente XIV su primera audiencia al comendador de Almada, antiguo ministro de Portugal cerca de la santa Sede, quien habia recibido ya las credenciales en debida forma. El resultado de aquella audiencia, en que el Papa y el ministro portugués conferenciaron solos sin que ningun otro interviniese, fue ver en aquel mismo dia 18 de Agosto de 1769 colocarse de nuevo las armas pontificias y portuguesas en el palacio de la embajada, con indecible alegría de

toda Roma. No pudo ya dudarse del próximo y perfecto restablecimiento de la páz. El Pontífice siguió tratando este negocio por sí mismo, y el dia de su solemne entrada en la ciudad publicó la eleccion que acababa de hacer de nuevo nuncio para Portugal en la persona de monseñor Conti. Agradó este nombramiento al conde de Oeiras, y se resolvió que se abriria la nunciatura en Lisboa sin hacer mencion alguna de lo pasado, y que monseñor Conti seria admitido para continuar la nunciatura del cardenal Acciajuoli.

10. Preveíase desde entonces, como era natural, que no quedaria sin recompensa la facilidad con que el ministro Carvalho se prestó á concluir aquel negocio; y la tuvo en efecto como la deseaba. Tres semanas despues que notificó el Papa la eleccion de nuevo nuncio, hizo saber la promocion de un nuevo cardenal reservado *in pectore*; y á 29 del siguiente Enero proclamó en un consistorio á dicho cardenal, que era el obispo Pablo Carvalho, hermano del conde de Oeiras y presidente del tribunal de la inquisicion de Lisboa. Pero acometido de su última enfermedad mientras que esperaba el nuevo purpurado la noticia de su proclamacion, terminó sus dias antes de recibirla.

11. El primer dia de Febrero de 1770 salió de Roma el nuevo nuncio para Portugal, con la orden de presentarse á su tránsito en las córtes de Florencia, Parma, Turín y Madrid. Cumplida su mision en aquellas córtes, donde fue recibido con todos los honores debidos á su clase, dirigióse monseñor Conti hácia Elvas, y al paso del Guadiana encontró un destacamento de caballería

encargado de cumplimentarle y acompañarle hasta la capital. Salieron también el obispo y el general de Elvas á recibir y cumplimentar al nuncio, y le acompañaron hasta la ciudad con extraordinario aparato y magnificencia. La entrada y permanencia en aquella primera plaza del reino fue un verdadero triunfo, esmerándose todas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, no menos que el clero y el pueblo, á tributarle toda clase de honores y distinciones. Igual acogida encontró monseñor Conti en Extremoz, Avayoles y en las demás ciudades y pueblos de su tránsito. Desde Aldeagallega despachó su correo de gabinete con carta para el primer ministro, en que le noticiaba su llegada y le pedía los trasportes y carruages que en semejantes circunstancias acostumbraba el gobierno poner á las órdenes de los nuncios para pasar el Tajo y entrar en Lisboa. La petición del nuncio fue tan bien recibida, y las órdenes dadas con tal premura y cumplidas con tanta exactitud, que á la mañana siguiente recibió en Aldeagallega, no sólo la contestacion del ministro de estado, sino también todos los preparativos necesarios para su entrada en la capital. A mas de los trasportes ordinarios, envió el gobierno la góndola real con el tren y aparato propio solamente de la persona del Rey, en la que entró el nuncio con los principales de su comitiva que fueron á desembarcar en la parte de la ribera inmediata al palacio de Belén. Encontró allí al conde de Villaverde, encargado expresamente por el Rey para servir de conductor; y en vez de los coches acostumbrados, cuatro magníficas carrozas, y entre ellas la misma que solia montar el

Rey en las principales funciones. En ella, y en medio de las aclamaciones del inmenso concurso, fue conducido el enviado pontificio hasta el palacio de la nunciatura. Tantas y tan extraordinarias distinciones no podian quedar sin la debida recompensa; y monseñor Conti se apresuró á manifestar su agradecimiento haciendo distribuir magníficos regalos á todos los que le habian recibido y acompañado desde la frontera hasta la capital. Obtenida despues la audiencia de S. M., fue recibido en ella por los Reyes y por toda la real familia con las mayores demostraciones de alegría y respeto; y en la misma mañana se repusieron las armas pontificias en el palacio de la nunciatura al cabo de diez años que habian sido derribadas.

12. Llegada á Roma la noticia de los honores hechos al nuncio de Portugal, convocó inmediatamente el Pontífice un consistorio, y despues de haber publicado la ereccion de algunas nuevas sillas episcopales creadas en aquel mismo reino á instancias de su gobierno, y la promocion del arzobispo de Évora al cardenalato, comunicó el Papa al sagrado colegio tan felices nuevas en un discurso que manifestaba el extraordinario júbilo de su corazon. „Lo que tanto tiempo hace que deseabamos, dijo Clemente XIV, lo que tantas veces habiamos pedido á nuestro buen Dios, y en lo que se ocupaba de continuo nuestro pensamiento y solicitud, lo hemos conseguido finalmente por un singular beneficio de la divina misericordia. Apenas comenzamos á exhortar con la voz de padre á nuestro carísimo hijo José, Rey Fidelísimo de Portugal y de los Algarbes, le vimos ofrecernos